

## MANUEL TOUSSAINT Y SU LITERATURA INFANTIL

P O R

L U I S R E Y E S D E L A M A Z A

¿CUAL era, de todos los libros que escribió en su fecunda vida, el preferido por don Manuel Toussaint? He aquí una pregunta interesante; pero de fácil contestación. Su obra preferida no era, como podía suponerse, el *Arte Colonial en México*, ni *La Catedral y las Iglesias de Puebla*, ni siquiera los amenos *Paseos Coloniales*; no, su creación favorita, la que con más cariño produjo, de la que se expresaba siempre con una sonrisa de satisfacción en los labios, era, sin duda alguna, *Las Aventuras de Pipiolo en el Bosque de Chapultepec*. El por qué, no lo sabemos, quizá fuese por la ternura que encierra en todas y cada una de sus páginas, o porque puso en ellas sus también innegables dotes de poeta, o bien porque fuera su única obra totalmente emocional, y no intelectual como las demás.

Y es por esto último que Toussaint usó un seudónimo al publicarlo, el de Santos Caballero, urdiendo en el prólogo, este sí firmado por su nombre, toda una historia de manuscritos encontrados en un viejo closet de un hotel de la ciudad de Cuautla, Morelos, una noche lluviosa en que el tedio lo impulsó a revisar el cuarto. "Cuál no sería mi asombro al tocar un bulto atado con unos cordeles", dice don Manuel. En este bulto misterioso se encontraba, junto con varias poesías y otros trabajos, el manuscrito del Pipiolo, original del inexistente Santos Caballero.

*Las Aventuras de Pipiolo en el Bosque de Chapultepec* comienzan con una "advertencia al lector" en la que nos hace ver el móvil que lo impulsó a escribir este libro delicioso: "Hostigado de tanta lectura mal-

sana que editores sin escrúpulos, atentos sólo a su medro, ponen en manos de nuestros niños y jóvenes, me he propuesto escribir un libro de aventuras en que, dentro de la más pura moral y buenos principios, deleite por su interés creciente a los pequeños lectores y no disguste a los grandes." Y acertó Toussaint, porque los niños lo leen de principio a fin con ese "interés creciente", y los grandes no hemos sentido el menor disgusto al hacerlo.

El tema del libro no puede ser más sencillo: Pipiolo, el muchacho malcriado, cazador de pájaros y destructor de nidos, es castigado por las hadas del bosque y se ve convertido en un hombrecito de ocho centímetros de estatura. Esto lo dice Toussaint en el primer capítulo, y los restantes no son sino las mil aventuras con que se topa Pipiolo, en su nuevo y extraño estado, en el Bosque de Chapultepec, hasta que despierta en un hospital rodeado de sus padres y se da cuenta que todas sus peripecias no fueron sino causa de un delirio debido a la fiebre que sufría.

Consta el libro de 287 páginas divididas en 38 capítulos y un epílogo, cada uno con su título explicativo a la manera de las novelas clásicas. Hasta la mitad, la estructura se mantiene dentro de una línea lógica y bien hilada, mas después se resiente con la diversidad de temas que su autor quiso abarcar. Desde el encuentro de la esmeralda perdida hasta el final, los capítulos son una sucesión de hechos un tanto apresurados, como la aventura de los cisnes, la amistad y traición del ciego Ramoncito, el proyecto de las "Atracciones Pipiolo", etcétera, excepto el episodio del tesoro del bandido, que a pesar de ser también apresurado, es tan ingenioso y tan bien pensado, que se salva de caer, como los otros, en un notable deseo por terminar la novela. El penúltimo capítulo, titulado "Canto a la libertad", se sale completamente de la estructura empleada al ser un discurso escolar un poco demagógico que no tiene ninguna función dentro de la obra. Sin embargo de ello, hay capítulos perfectamente logrados, como el titulado "Los pájaros de Chapultepec", o "La vendedora de dulces", "Pierrot", etcétera, que son de una belleza literaria pocas veces alcanzada por los cuentistas infantiles, que la mayoría se limitan a "contar" la anécdota sin poner casi nunca un algo de giros literarios que hagan ver al niño que también puede haber belleza en la frase escrita, y es mejor no hablar de los autores de esos engendros ilustrados que han invadido las mentes infantiles con sus fantasías macabras y criminales, acabando de un golpe con la poesía latente que existe en el pensamiento de cada niño.

No se puede hablar propiamente de ideas en este relato porque contiene muy pocas. De vez en vez Toussaint escribe pequeños párrafos como el que sigue: "En aquellos días en que todo nos sale bien; cuando nuestros esfuerzos se ven cumplidos y nuestros deseos satisfechos, la vida parece sonreírnos y todo lo miramos revestido de alegres colores. Entonces nuestras sensaciones y pensamientos nos confortan: somos felices, nada parece enturbiar el paso de los días y nos creemos capaces de realizar la mayores proezas. Mas cuando el fracaso nos agobia y todo sale mal, o simplemente cuando la contrariedad parece interponerse en nuestras acciones, nos acosan los pensamientos más tristes, nos abanten la desilusión y el temor." Párrafos en los que, como puede uno darse cuenta, está buscada la forma más comprensible de marcar los diferentes estados de ánimo del hombre y aun del niño mismo. No podía olvidar Toussaint que es en la infancia precisamente cuando se le inculca al individuo el sentido de la patria, y de todo el civismo en general, porque es en esa edad cuando está agudizado el poder de asimilación sentimental con un dejo de orgullo hacia las cosas más elementales, como son la patria y la religión. Por eso el autor de Pipiolo da al niño una definición concreta y lógica, sin alardes demagógicos: "...la patria es todo lo que alienta y palpita, lo que vive y lo inerte, lo que logra formar algo único, distinto de las demás patrias que existen."

Al idear su personaje liliputense, Toussaint tuvo cuidado de que en el transcurso de la historia fuese un niño normal, común y corriente, igual a todos y cada uno de sus futuros lectores, y así, como "Le Petit Prince", de Saint Exupery, Pipiolo se comporta y piensa como un niño de doce años, si bien con una inteligencia que se le agudiza según tiene que hacer uso de ella al entretarse con los cientos de aventuras con la que se encuentra en el inmenso Chapultepec. No es el héroe clásico de los cuentos de hadas que vence con una corta espada a feroces dragones, a seres sobrenaturales salidos de los infiernos, ni salva de las garras de crueles ogros a princesitas hermosas y desvalidas. Pipiolo lucha con sus enemigos, como la rata o la serpiente, para sobrevivir o para salvar a sus amigos los pájaros, y el único personaje realmente ficticio es la reina-hada de las flores que sueña el niño la noche de Navidad después de darse un atracón de golosinas.

Todo está buscado en la forma más natural y lógica, sin echar mano de trucos sobrenaturales desusados ya en nuestra escasa literatura infantil moderna. Pipiolo responde tan bien a sus doce años, que cuando escucha por primera vez los conciertos en la pérgola "Angela Peralta", "... como

le chocaba la música, acaso por no entenderla, se tapaba los oídos o se distraía buscando insectos entre la corteza del árbol venerable.” Más tarde, el niño va encontrando un gusto especial en asistir desde las ramas de sus árboles a esos conciertos, y la música va entrando en su espíritu hasta que llega a gozarla en toda su plenitud. “La música parecía acogerlo como si sólo sonara para él, como si lo purificara limpiándolo de todos sus malos pensamientos. Además, despertaba en él sentimientos e ideas que antes no había tenido, que ni siquiera se imaginaba que existieran.” Como se ve, Toussaint buscó la evolución lógica de la mentalidad de un niño que se acostumbra y goza de cuanto le rodea, sin reacciones propias de una inteligencia privilegiada que, como ya se dijo, poseen casi todos los héroes de las narraciones infantiles.

El estilo de *Las Aventuras de Pipiolo* . . . es sencillo, de una sencillez amena y clara, sin caer nunca en rebuscamientos de forma. Las palabras se unen haciendo la hilación límpida y de fácil comprensión para cualquier mentalidad. Sus personajes hablan como deben y no como quiere el autor; por ejemplo, el inculto velador amigo de Pipiolo dice “direición”, “aicesoria”, etcétera, para que el niño se dé cuenta que está mal dicho, pero que no debe corregirlo porque sería inútil.

Los finales de los capítulos tienen todos una particularidad muy especial que recuerda la literatura romántica: al terminar, Toussaint promete nuevas aventuras, o deja la suspensión de ánimo en un momento determinado interesante avisando que en el capítulo siguiente se dará el desenlace de tal o cual apuro del protagonista, y siempre acaba diciendo frases como “en el curso de esta puntual historia”, o de “esta verídica narración”, o “apasionante relato”, etcétera.

Los párrafos poéticos abundan en esta obra de Toussaint, pero son de una poesía también infantil, es decir, al alcance del niño lector, que va conociendo, mientras se divierte, que en los crepúsculos hay belleza, y en la música, y en la vegetación, y en la fauna de Chapultepec. Poco a poco Toussaint va dejando caer estas gotas poéticas en el interior de las entretenidas aventuras de su héroe hasta lograr que sus pequeños lectores se acostumbren a leer algo más que la simple y escueta anécdota de los relatos, preparándolos así para futuras lecturas de una mayor calidad literaria.

El ambiente está logrado en esta novela de una manera magistral. Las descripciones del Bosque de Chapultepec son tan exactas y tan justas, que todo el hermoso paisaje que sirve de gran escenografía a estas aventuras, lo goza el lector como si lo tuviese desplegado todo ante sus ojos.

Por lo que respecta al ambiente psicológico de los personajes, ya se dijo que éstos están en su papel sin salirse de él un solo momento, y así vemos la incultura y la bondad del viejo velador, la simpatía y ternura de la vendedora de dulces y la maldad y traición del ciego Ramoncito. Y aun los mismos animales, los amigos de Pipiolo, que vienen a ser personajes principales de la novela, reaccionan en ocasiones como seres humanos al salvar de algunos peligros a Pipiolo, y al ayudarle a realizar sus propósitos.

Es por todo lo dicho que Manuel Toussaint, al internarse en géneros que nunca había tratado antes, logra una de las mejores narraciones infantiles digna de figurar al lado de las que la tradición ha hecho clásicas, como son las de Andersen, Perrault y Grimm; teniendo a su favor estas *Aventuras de Pipiolo*, aparte de su modernismo, importante factor para una perfecta comprensión por parte del niño actual, una fantasía que no se aleja de los límites permitidos por el buen gusto, como a veces lo hacían los autores citados, al caer en lucubraciones macabras y de una fantasía exagerada indigna de ser conocida por los niños, y que en nuestros días ya ellos mismos se resisten a aceptar.

Así, no nos detenemos al asegurar que *Las Aventuras de Pipiolo en el Bosque de Chapultepec* es tan importante y tan valiosa dentro de la obra de Manuel Toussaint, cada una según la finalidad para que fue creada, como el *Arte Colonial en México*, o *La Catedral y las Iglesias de Puebla*, porque, como el mismo Toussaint pone de epígrafe a este libro, usando una frase de La Fontaine, "No hay nada que no pueda contarse de diversos modos, puesto que lo mismo suele abusarse de la verdad como de lo imaginario."